

LOS «PREMIOS SAN JORGE» DE PINTURA Y ESCULTURA

LA aportación de nuestros pintores y escultores al concurso San Jorge, convocado por nuestra Excelentísima Diputación, es de una sencillez, en verdad, para tranquilizar al más pusilánime. Nadie se ha excedido en nada. Ni pintores ni escultores han dado un paso más allá de esa tónica repetida que demuestran las exageraciones falsamente correctas de la academia, pero quedando mucho más acá que cualquiera de los más mesurados racionalismos, si vale la frase. En conjunto, pues, no deslumbran por ningún destello desusado, pero tampoco asusta por extralimitación alguna.

Los premios, globalmente considerados, han recaído sobre obras bien merecidas de los mismos. Puntuaciones discrepantes de detalle entre el juicio de quien estas líneas escribe y el fallo del Jurado no son, en verdad, suficientes a motivar una crítica. El primer premio en pintura ha sido adjudicado a Alejandro Siches por una composición conducida con acierto: «La pintora», de grata entonación dorada y realizada con la tendencia estilística característica del autor. Fueron otorgados los dos accésits a

este premio a Jaime Planas y a José Casaus. La composición del primero: «Vendedora» nos parece bien construida aunque macilenta en su color; la del segundo: «Mimís», vigorosa, si bien poco cuidada en su resolución, tal en el detalle de la mano del modelo. La bien resuelta luminosidad de «En el vestidor», de Federico Lloveras, nos hubiera merecido mejor calificación que la que le ha sido dada con su mención honorífica. Mención honorífica también ha tenido José María Morató, que nos parece turbio en su color.

En escultura, el primer premio ha sido para Luis Monané por su graciosa y correcta «Maternal», compacta en sus volúmenes, tratada con sobriedad y gusto. Se trata de una figura infantil en tamaño casi natural, realizada en alabastro. Obtuvo el accésit en esta sección Antonio Mestre, por «Mater», y Sebastián Badía, por «Maternidad». Las menciones fueron para Inocencio S. Montagut, en su «Amor de madre», hermosa pieza ejecutada en bronce; y José María Camps Arnau, que llevó una pura talla con el tema «Maternidad de la Virgen».

De las obras aceptadas para la competición, que se exhiben en la Virreina, recordamos el «Bodegón de flores» de Jaime Mercadé, cursivo y luminoso; el «Interior», de José Pujol, afinadísimo en sus grises; «Lectora de las rosas», de Ignacio Mundó; el picassiano «Niño azul» de Oriol Balmés, alborotado en su empaque y coloración; el retablo de la «Virgen y el Niño» y el lienzo «Aguamanil», aunque éste excesivamente estilizado, de Jorge Almirá; el «Florero», de Jose Benet, bien tocado, y la finísima estilización de María Jesús de Sola, «Rosas», original en su traza y acordada en negro, grises y tierras.

Energico es «El tocado», de Manuel Surroca; delicado «Rosas y capullos», de Pedro Calderó, bien entendidas las figuras de Nuria Farrarons; leve de toque y muy afinado, el «Desnudo», de María Cirici; compuesto con garbo y seriedad, «Las amigas», de Carmen Garcés; Ramón Llovet no ha dado, aquí, con su cuerda; muy afectado se nos antoja Senén Ubiña. Vivaz es el «Desnudo» de Pura Villega.

De las esculturas recordamos «Santa Ana Madre», de J. Martí Sabé; «Pitús», de Carmen Raurich; una réplica en pequeño tamaño de la «Maternidad», de Mario Vives; el barro cocido «Maternidad», de Montagut, y «Maternal», de José Granger.

P. C.

PAPINI Y EL DEMONIO

SEGUN términos conocidos, el Diabolo es el ángel malo, y el Demonio, su espíritu, eso es, el espíritu del mal. Papini, dentro de la concepción diabólica o demoníaca que para originalidad de sus escritos le anima, nos ha pintado el Demonio con tan sorprendente realismo, porque por confesión propia, de

que Eva, en la confusión del momento, no se dio cuenta de que los frutos del árbol eran muchos y diversos, y no oyó lo que ya le decía, es decir, que no bastaba comer pocos frutos, que era necesario desajustar enteramente el árbol, o sea adquirir toda la sabiduría.

«En lugar de desajustar el árbol, apenas hubo comido un fruto, no tuvo la presencia de ánimo para coger y comer rápidamente de todos los demás, y aconteció que Jehová dióse cuenta del peligro y la remedio inmediatamente con el destierro perpetuo. Si Adán y Eva hubiesen comido todos los frutos del maravilloso árbol, hubieran sido Dios contra Dios. Porque no habían pecado enteramente, Dios pudo castigarlos.»

El Diablo aún dijo a Papini: «Si encontraré — los hombres — un árbol misterioso en la tierra, avisenme en seguida, porque entonces mi misión estará cumplida, y tal vez el buen Dios me llamará así.»

La tesis de Papini últimamente expuesta, que Dios perdonará al Diablo, redimido del castigo eterno, es una concepción ya vieja en el espíritu del escritor. Para él sólo estriba encontrar el Árbol misterioso perdido en las frondosidades de la tierra. Lo difícil es encontrarlo de una manera no «literaria».

LEONARDO PUIG



Papini

una manera «literaria», ha tenido tratos con él. En cierta forma no le adora, pero lo admira, le es indulgente.

«¿Qué clase de hombre es el Diablo? Según Papini es una figura que se sale de lo ordinario. De las «cinco» veces que en la vida — suponemos imaginativa — del famoso escritor italiano ha podido hablar con el Diablo, lo ha visto así: Es alto y pálido, todavía bastante joven. En su rostro blanquísimo la boca sutil es cerrada y apretada, tiene una arruga única y profunda que se halla perpendicular entre las cejas y se pierde casi en la raíz de los pelos. Es imposible describir el color de los ojos, porque Papini no ha podido nunca mirarlos más que en algunos instantes, como tampoco sabe el color de sus cabellos: un birrete de seda que nunca se quita, se los esconde. Viste decentemente de negro, y sus manos están siempre irrefragablemente enguantadas. Agrega Papini: «Ya no es el hirsuto y monstruoso demonio de la Edad Media, con cola y cuernos.»

El autor de «Gog» aclara que el Diablo no está enfadado con Dios por haber arrojado del Paraíso a Adán y Eva, los protagonistas centrales de su concepción demoníaca. El Diablo habría hecho lo mismo, si no peor. Cuando dijo a Eva: «Come de este fruto y serás semejante a Dios», era para crearles rivales en potencia. Según palabras del Diablo, en realidad el árbol prohibido era el de la sabiduría, el árbol de la ciencia, no sólo del bien y del mal, como dice el Ebreo, sino de lo verdadero y de lo falso, de lo visible y de lo invisible, del cielo y de la tierra, de los animales y de los espíritus.

«Sabiduría y potencia es equivalente a Dios, que significa sabio y poderoso. El no convertirse en dioses Adán y Eva, a pesar de haber gustado el fruto prohibido, fué por-

ATENCIÓN A UNA IDEA

ESTAN de moda las antologías. Las antologías poéticas de carácter general, por ejemplo, son muy útiles, aunque suelen interesar poco. El libro más parecido a una antología y que ha despertado en nosotros más curiosidad ha sido el que con el título de «Vuit poetes» publicó «Ossa Menors». En el volumen se recogen diversas muestras líricas — escogidas por los propios autores — de un grupo de poetas catalanes: Rosa Leveroni, Salvador Espriu, Romeu, Palau Fabre, Bara, Peruchó, Triadó y Sarsanedas. Cada poeta suscribe una página de presentación biográfica, y todas ellas poseen una vivacidad admirables. La idea de esta presentación en grupo es acertada. El lector traba conocimiento con poetas distintos y puede insistir, en futuras lecturas, sobre aquellos que le hayan interesado en mayor grado. El volumen posee una amenidad y una riqueza de matices que difícilmente pueden encontrarse en un solo libro.

Y si ahora hemos reconsiderado las virtudes de este libro es porque dos de los poetas que en él se incluyen han hecho sonar su nombre últimamente y han confirmado su actualidad: Peruchó obtuvo el Premio de poesía catalana «Ciudad de Barcelona», y Sarsanedas el de narraciones cortas «Victor Catalá». Invitamos desde estas líneas a los editores a que planeen nuevas obras de este tipo — que pueden extenderse a la prosa —, y al público, que no siempre sabe qué es lo que debe escoger, a que atienda a esta sugestiva modalidad editorial.

De la edición definitiva de

«Camins de nit»

de S. JUAN ARBO
(Vols. 146 y 147 de la Bca. Selecta)
opina M. DE MONTOLIU:
«Ha sido un indiscutible acierto el presentar en edición definitiva esta gran novela de S. Juan Arbo, que tiene asegurada la fama en la posteridad.»
(DIARIO DE BARCELONA)
Distribución: CASA DEL LIBRO

HACE CUARENTA AÑOS

por J. M. Martínez Bande

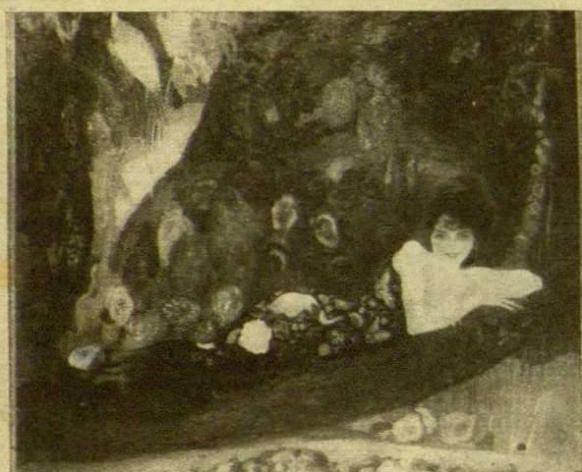
HACE cuarenta años, esto es, en 1914, tuvo lugar el estallido de lo que se llamó entonces Guerra Europea. El hecho es estimado hoy como capital; por muchas a la manera de un hito que separa dos épocas.

En el arte también 1914 representa un jalón. Por entonces hace crisis la pintura fin de siglo, la pintura que se ha dado en llamar literaria. Es realidad en toda pintura hay siempre algo de literatura — entendiéndose por tal las ideas que responden a un modo de ser, a una manera de encajarse en el mundo —, pero en aquella de antes del gran conflicto la desviación parecía, a veces, rebasar toda medida sensata. Se pinta como se escribiría un folletín, una novela galante o un drama social. Y no obstante con ello decir que los pintores que seguían esta ruta no sabían pintar; por el contrario, como en general, magníficamente en su oficio.

De esa época que comienza con los finales del pasado siglo para terminar en los años de la primera guerra mundial, arrancan magníficos artistas que saben luego evolucionar con sabiduría y gracia. Para hacer la historia de algunos de ellos (Solana, Zuloaga, Sert, Zuloaga) es preciso tenerlo presente.

Hernenegildo Anglada Camarasa está en este caso. En 1898 cuenta veintiséis años; en 1914, cuarenta y dos. Su fibra personal es delicadísima, y no cabiendo en los cuadros vulgares salta de ellos. Los primeros cuadros de Anglada son unos grandes muestras de la delicadísima europea. Paraísos artificiales, languidas formas, luces de ensueño malsano; y en este ambiente, mujeres dudosas, pájaros raros, exóticos frutos. Una luz fluyente de las entrañas mismas de los cuadros, dentro de ellas, no batiendo del cielo sino ascendiendo de la tierra, como un fuego fatuo; porque el cielo no interesa, y en esos paisajes el horizonte está casi en la altura del margen superior del cuadro. Sin perspectivas, sin horizontes, la época primera de Anglada refleja un mundo hundido en el goce de vivir, de un vivir que más allá.

Pero esto no es todo. Al margen de lo que asombrarse de la fuerza avasalladora, del alud, del tempo-



H. Anglada Camarasa: «Sonia de Klomery»

ral, que en todo momento ha proyectado en el mundo la sensibilidad española. Mientras nos ponemos de acuerdo sobre nuestra capacidad para la técnica, reconocamos aquel hecho y abramos nuestra esperanza de que seamos nosotros también los que algún día saquemos al Arte de pasco hacia un buen clima de sano clasicismo. En tanto, imaginemos el efecto que en los primeros años del siglo debieron producir en París las gentes, los paisajes y los asuntos de un Zuloaga, de un Anglada, por no citar más. Hoy aquellos cuadros nos podrán parecer ya pasados, pero entonces eran la terrible novedad amanerada, cuajada de un romanticismo bien cargado, como algunos café, pero una fortísima novedad. Ante ellos muchos lienzos debieron empalidecer de avitaminosis.

Anglada pertenecía, y pertenece, a esa gama de artistas cuya cualidad primera es su inconfundibilidad; nota muy propia de la pintura literaria, porque puesto el hombre ante la vida cada uno reacciona a su manera. Colocarse frente a un cuadro de Anglada es sentirse sorbido por el vaho penetrante, como una embraguez, que salta fuerte del lienzo, buscándonos. El gran ceramista de caballete coloca en el marco un diamante refulgente de colores. Es toda una época y todo un momento y justifica la dedicación de varias salas en nuestra actual Nacional de Bellas Artes.

Sin embargo, nada de esto tendría definitivo valor si no nos ofreciera la lección ejemplarizadora que se desprende de la posterior evolución del artista. Ya ha pasado aquella época. Aquel mundo decadente tiene hoy otra decadencia, y en ella nuevos nombres. Y en medio de todo Anglada cambia. Busca los espacios libres, la alegría campesina, las flores y el mar. La luz sigue viniendo de dentro de las cosas, pero es ya una clara luz; las figuras siguen teniendo aire de ballet, pero sin estupefactos. Y las flores van ganando año tras año en claridades; las últimas muestras son exquisitas de delicadeza, gracia, transparencia: pureza.

«¿Dónde yace aquel París de 1914? A los ochenta años ya poco puede Anglada Camarasa cambiar; pero ahí queda su lección de rejuvenecimiento. Porque resulta que «ahora» es más joven que «antes».

SALA GASPAR

Arte asiático

GRABADOS

SYRA

Leemans

Del 29 de mayo al 11 de junio

CASA PACO GARCIA

SEÑORA Y CABALLERO, COMPRAMOS ROPAS USADAS Y ARTICULOS PARA VIAJE
Teléfono 21-87-92

LA PINACOTECA

PINTURAS

G. VALERO

Selecciones JAIMES
Paseo de Gracia, 64

Exposición de óleos
Campo de Tarragona

Gonzalo Lindin

ARGOS PASEO DE GRACIA, 30

J. BENET ESPUNY

Exposición de

Dibujos - Grabados - Pinturas

SALA VELASCO

Rambla de Cataluña, 87

Bernades Pont

PINTURAS
HOY, INAUGURACION